Informaciones
28 marzo 1959

Una ayuda merecida

Por Joaquín CALVO SOTELO

LA mala salud de hierro del teatro, su firme decisión nada declamatoria de permanecer por encima de todo, de saltar los obstáculos que le salen al paso, de vencer sus enemigos y guardar siempre intacta su capacidad de seducción su mágico sortilegio, su dulce secreto, le obliga a refugiarse muchas veces en los más inesperados parajes. Llevando un poco hasta su límite la paradoja podríamos decir que en muchos pueblos de España se hace hoy teatro en todas partes, salvo en el teatro.

El teatro se reserva, y esto es paradójico igualmente, al cine. Una serie de contratos leoninos, que bien merecerían la intervención oficial, proscriben su uso a las compañías o lo limitan a los días de trabajo, reservando los sábados, los domingos y las fiestas para la película casi siempre extranjera. La pantalla gigante, tan a la moda, de instalación difícil y costosa, es como un esparadrapo gigantesco que obtura el escenario, una especie de tafetán o parche para ese ojo mágico que sólo con dificultades y en raras ocasiones se descorre. Entonces el teatro, para defenderse de la insensibilidad de los unos, de la codicia de los otros, de la indiferencia de los de aquí, de la hostilidad de los de allí, tira por la calle de enmedio y monta sus muñecos donde puede. Hoy en un patio, mañana bajo el dosel de una arboleda teniendo por bastidores olmos o castaños, quizá en el quiosco de la banda municipal o volviendo a sus orígenes —¿y por qué no?—, en el atrio de las iglesias. En uno y otro sitio congrega una cohorte de seguidores o al menos de curiosos. Las cifras de gastos e ingresos no siempre resultan muy brillantes, pero la fe no se pierde nunca. De toda esa bohemia forzada, de ese aventurado ir y venir sin techo firme, sin cobijo preparado, nada hay que libere tanto como una carpa por vibrátil e informe que sea, por mucho que el viento la haga ulular cuando menos lo pida la comedia que se represente. Una carpa no asegura, no, una vida holgada, pero sí independiente. Es, al fin, liberarse de ajenas codicias, de pequeñas mezquindades. Es hacer, en suma, la real gana.

Así hay por España diversas formaciones admirables trajinando de Norte a Sur y de Este a Oeste los trescientos sesenta y cinco días del año, llevando hoy a las ferias, mañana a las fiestas, su visita. Así había, «primus inter pares», una que lucía el nombre más en consonancia con sus tareas por cuanto que lo había tomado de la aurora mismo del arte teatral: el de Lope de Rueda. Digo melancólicamente que había porque ya no existe. El teatro ambulante Lope de Rueda, unido al cual va el nombre de una familia dedicada desde hace setenta años a la misión de representar obras de autores españoles en todos los confines peninsulares —la de los Enguídanos—, ardió la noche del 1 de marzo en Vegadeo. Vegadeo está en el fondo de la ría, límite de Galicia y Asturias, a la que se asoman para hablar de sus cosas y para insultarse fraternalmente las buenas gentes de Ribadeo, de Figueras y de Castropol. Yo, que fuí rapaz de Ribadeo, cultivaba el extraño deporte de ir con mis amigos a retar a los rapaces de Vegadeo para apedrearnos sin contemplaciones en los límites municipales. Alguna vez llegó la sangre a la ría, y más de una descalabradura debo a los proyectiles de mis contendientes de entonces. Pero desde hace unas semanas mi simpatía y admiración por ellos, siempre grande, se ha acrecentado, porque la generosidad y el señorío con que Vegadeo ha socorrido a los que el fuego arruinó fué maravillosa. En el breve espacio de unas horas Vegadeo recaudó 34.000 pesetas, y como hidalguía engendra hidalguía, los Enguídanos renunciaron a participar en su distribución y entregaron esa suma a sus compañeros de trabajo, sin admitir para ellos un solo céntimo.

Por vez primera desde hace más de medio siglo la Pascua de Resurrección no encontrará eco de su júbilo en la carpa del Lope de Rueda. Todo estaba en orden y preparado para la representación de turno: los actores, los electricistas, los acomodadores... Pero el fuego la hizo imposible. Rondando el millón andan los daños sufridos sin la merma siquiera de un consolador seguro capaz de atenuar tanta catástrofe. Pensando en el dolor y en la amargura de esas buenas gentes se siente uno angustiado.

Amigos: ¿no habría manera de que se hiciese algo para remediar tanto estrago? ¿No habría manera de que cuantos de una u otra forma vivimos por y para el teatro ayudáramos a la reconstrucción del Lope de Rueda? Desde las páginas de este número extraordinario, clásico ya, de INFORMACIONES, yo tiendo mi mano a las Empresas, a los autores, a los actores, a los organismos oficiales, al público, y espero de unos y otros una reacción lo suficientemente comprensiva y generosa para que con el concurso de todos el glorioso nombre de Lope de Rueda vuelva a encender sus bombillas de colores en las plazas de nuestras aldeas.